

# EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

## SUMARIO.

TEXTO.—La condesa Malvina y su cómplice, por X.—Á Silvio, por G. Rosselló.—Reflejo, por D. J. Fiol.—Íntima, por don R. Martorell.—Discurso, (Conclusion). Por D. A. Romero Ortiz.—Madrigal, por D. M. Zavaleta.—Amor, por D. R. Martorell.—Soluciones.—Errata.

GRABADOS.—Marina, Croquis del natural por D. L. Mestre.—Una «bailadora mallorquina», estudio del natural por D. F. Mestre.

## LA CONDESA MALVINA Y SU CÓMPLICE.



ACIA el año de 1835 existía en Madrid una condesa viuda y rica, que era al mismo tiempo un tipo de rara belleza: sus hermosos y rasgados ojos, sus negros cabellos, la perfecta regularidad de sus facciones y su suelto y flexible talle, todo nos daba á conocer en ella una de esas mugeres que tiene el privilegio de crear el suelo de España.

Esta linda criatura se llamaba, cuando era jóven, Malvina de Céspedes. Había estado casada con un baron inglés, muy rubio, muy taciturno y muy flemático: en los diez años de matrimonio acostumbraba á hablar como dos veces por semana: y todo su tiempo lo empleaba en cazar liebres y conejos, en ponerse y quitarse botines, y en leer á Newton y las noches de Young.

Al cabo de diez años de tan pacífico y monótono himeneo, murió el baron, de fastidio y de una indigestion de perdices escabechadas. Hicieronle magníficos funerales, poniendo sobre la lápida de su sepulcro que había sido buen esposo y buen amigo.

No bien enviudó la marquesa, cuando se vió por todas partes rodeada de adoradores. Pero uno solo fué el que logró cautivarla, que era el conde de Rioflorido, quien en la edad de veinte

á treinta años había sido el primer elegante de la córte, y ya se creía libre de los ataques de Cupido, cuando al salir una noche del coliseo del Príncipe, quedó prendado de Malvina, á quien vió bajar la escalera, llamando la atencion de los mirones que estaban formados en dos filas á uno y otro lado de ella.

Decidióse pues la boda, y á fin de celebrarla, la marquesa viuda solicitó, entre otros documentos, su fé de bautismo en la parroquia donde había nacido.

Con mucha intranquilidad esperó Malvina este deseado documento. Su futuro lo recibió y lo recorrió con ese interés que debía inspirarle el testimonio auténtico del dia en que vino al mundo su prometida.

—Precioso hallazgo, dijo con grata sonrisa. Me habian dicho, marquesa, que teniais treinta y cinco años. Es una calumnia que se encargan de desmentir vuestros encantos; pero á que este papel contesta de un modo oficial.

La marquesa examinó aquel documento tan fatal á su juventud, y no pudo menos de sorprenderse alegremente: la partida de bautismo ponía su nacimiento en 1805.

—Aun quisiera, dijo la marquesa para disimular su emocion, tener diez años menos.

—¿Para qué, si sois aun jóven?

—Para vivir ese tiempo mas á vuestro lado.

Un mes despues se celebraron las bodas, y los esposos volvieron á Madrid, despues de haber pasado algun tiempo en una bellísima casa de campo en Andalucía.

Muy pocos dias despues de volver á la capital, avisaron á la condesa que un jóven como de veinte años queria hablarle sobre un asunto muy reservado.

—¿Qué quiere? preguntó la condesa á su camarera.

—No lo sé, señora: ha estado mil veces du-

rante vuestra ausencia, y se ha retirado siempre muy inquieto y agitado.

—Esa es tal vez, dijo la condesa con desdenosa sonrisa, alguna de mis víctimas, que viene á echarme en cara lo que él llamará mi desden y mi inconsecuencia. Lucía dí á ese desgraciado que entre.

Abrióse la puerta y presentóse un jóven de aspecto melancólico, cuyo traje revelaba su escasa fortuna. Volvióse á cerrar de nuevo; pero Lucía que en esto de curiosidad estaba al nivel de lo mas elevado de su sexo, se quedó escuchando la conversacion. De ella, no obstante, solo pudo percibir este diálogo.

—Por Dios, no vaya V. á descubrirme, decia la condesa.

—Pero, señora, si algun día se pusiese de manifiesto esa equivocacion, ¿cuál sería mi porvenir?

—¡Su porvenir de Vd.! Yo me encargo de él desde ahora, dijo la condesa.

—¿Es posible, señora?

—Sin duda alguna. Veamos. ¿Qué sabe usted hacer?

—Señora, escribo con buena letra y muy correctamente mi idioma. En mis funciones de escribiente solo me he equivocado una vez...

—Está bien, está bien, le replicó la condesa impaciente. Mañana recibirá Vd. noticias mias; pero por Dios, no cometa Vd. alguna imprudencia.

—No, señora.

—Sobre todo, no decírselo á nadie.

—Absolutamente á nadie; esté Vd. tranquila.

—Que sea un secreto entre los dos.

—Inviolable.

—¡Ah!... ¿Cómo se llama Vd. y dónde vive?

—Luis del Valle, en la calle de Embajadores, número 40.

—Muy bien; señor don Luis hasta luego; si es Vd. prudente y discreto, tendrá en mí una nueva Providencia.

El jóven se retiró, y en seguida la condesa tiró de la campanilla, y sacando de un precioso bolsillo dos onzas de oro, dijo á Lucía:

—Que vaya Juan al instante á llevar este dinero á don Luis del Valle, calle de Embajadores, número 40.

Poco despues entró su marido.

—Amigo mio, le dijo su esposa con graciosa sonrisa, tengo que pedirte un favor.

—Dí pronto, querida mia: tus deseos son mandatos para mí.

—Tengo un protegido, á quien quisiera sacar de la humilde posicion en que se encuentra.

—¡Un protegido! querida Malvina. ¿Y quién es? ¿En qué se ocupa?

—Es un pobre muchacho que va á escribir á un despacho parroquial, donde por una peseta diaria copia partidas de bautismos y de matrimonios. Tiene una hermosa letra y alguna capacidad. ¿No podria hacerse algo en su favor?

—¿Y por qué tienes tanto empeño en su colocacion?

—Porque sus padres han sido dependientes de los míos, y conservo cariño á toda la familia.

—Basta, pues, dijo el conde; veré al ministro de Fomento, y estoy seguro de que mañana mismo será empleado tu protegido.

Y en efecto, dos dias despues recibió Luis del Valle el nombramiento de escribiente de dicho ministerio con cuatro mil reales.

Este no fué, sin embargo, más que el primer paso de los que dió nuestro buen jóven en su rápida carrera de empleado. Gracias al favor de la marquesa, y á que, sea dicho en verdad, no carecia de disposiciones, ascendió dos años despues á auxiliar con doble sueldo: muy luego obtuvo un ascenso en esta misma clase; poco despues llegó á ser oficial efectivo con diez y seis mil, y más tarde gefe de seccion. Nuestro hombre se acomodaba perfectamente á sus cambios de posicion, á favor de los cuales crecia cada vez mas su ambicion, al paso que todos veian con escándalo sus rápidos ascensos.

(Se continuará.)

## Á SILVIO.

En mayo, al despertarte la alborada,  
Si vés por el otero, en cada rosa  
Atento observas cual refulge hermosa  
Una perla purísima colgada.

¿Y no ha pensado nunca, enajenada  
Tu alma inocente en su ilusion dichosa,  
En el llanto que vierte silenciosa  
Por la noche la nube condensada?

Cuando la aurora te despierta riente,  
En cada rostro observas complacido  
Brillar los ojos en serena calma;

Mas ¿sabes si una lágrima candente,  
De la noche en las sombras, han vertido,  
Amarga lluvia del turbion del alma?

GERÓNIMO ROSSELLÓ.

REFLEJO.

Tal vez creiste tú, que yo te adoro,  
Tesoro mio!

Por tu corona de cabellos negros  
Formando rizos;

Por tus largas pestañas, por tus lábios,  
Tu frente hermosa;

Ah, no lo creas, nó, que son todo esto  
Fugaces cosas.

Ah, no lo creas, nó, mentira fuera.  
La pasión mia

Apagarse no puede con tu gloria,  
Ser flor de un día.

Ah, no lo creas, nó; lo que en tí adoro,  
Ay, no lo dudes,

El tiempo destructor, la muerte misma,  
No lo destruyen.

Es cuando yo reclino mi cabeza  
Sobre tu espalda,

Mirar como retrata tu ojo negro  
Tu blanca alma.

JOAQUIN FLOL.

INTIMA.

Tus doradas trenzas, niña,  
Son rayos del mismo sol,  
Y tus pupilas azules  
Espejos del cielo son.

Y por eso al contemplarte  
Por la noche, en tu balcon,  
Una luz diáfana y pura  
Alumbra mi corazón.

Y al ver reflejado el cielo  
En los mares de tu amor;  
Veo que es Dios, quien bendice  
Nuestra infinita pasión.

R. MARTORELL.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR D. ANTONIO ROMERO ORTIZ

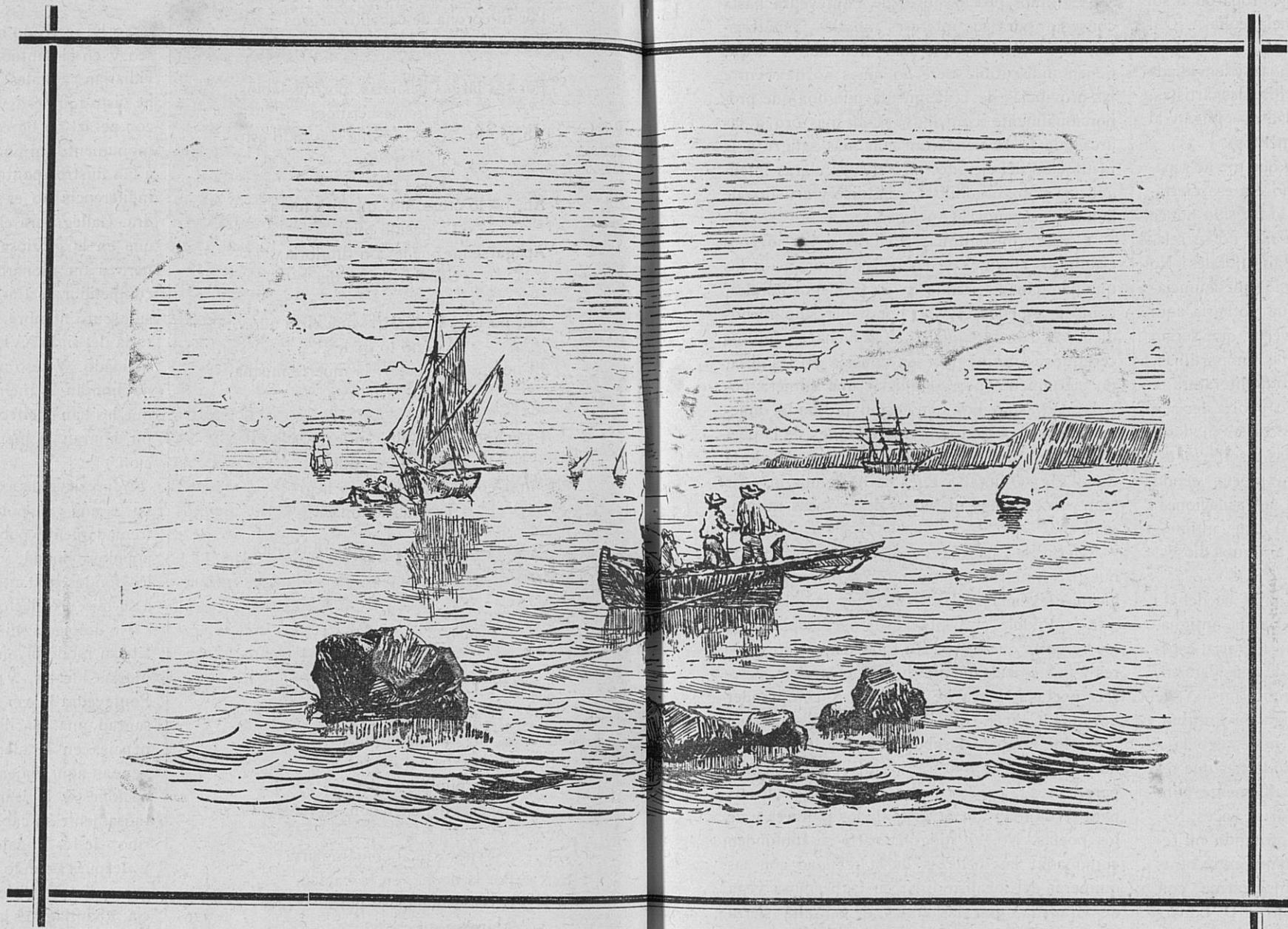
CONCLUSION.

Yo he recreado mis ojos en este elegante coliseo y en el suntuoso palacio municipal que envidiarían capitales de primer orden. Pero yo que he visto todo eso y admirado todo eso, ¡lo digo con pesar! no he encontrado una estatua, ni un monumento, ni una sencilla lápida que recuerde á tan ilustres pontevedreses. Yo bien sé que esa indiferencia no es culpa exclusiva de Pontevedra. Gallego era el valiente é intrépido soldado que en la gloriosa batalla de Pavía hizo prisionero á un monarca de Francia, al infortunado competidor de Carlos V, y si queremos conocer su oscuro nombre, necesitamos consultar la historia del siglo XVI, pues su ingrata patria lo ha olvidado. Y ¡eso no está bien! Los pueblos que no honran la memoria de aquellos antepasados que les han enaltecido, se parecen á los hijos que no honran la memoria de sus padres. (Sensación.)

Y no sirva de excusa la falta de recursos. No, ya, es una villa pobre, tan pobre como bella: extremadamente pobre si se la compara con esta populosa ciudad, y, sin embargo, ha reunido ya los fondos bastantes para erigir un monumento á su hijo predilecto, el escultor Felipe de Castro.

No desoigais mi consejo. Que cada uno deposite su modesta ofrenda en las aras de vuestras glorias locales, y habreis evitado á Galicia y á Pontevedra la vergüenza de la ingratitud. Consagrad una sencilla inscripcion á vuestras eminencias en la marina y en las artes, y cuando vengan aquí viajeros de otras provincias y otras naciones y la lean, dirán, descubriendo respetuosamente su cabeza: «Esta es la patria de Charino, de los Nodales y de Gregorio Hernandez,» y despues cuando regresen á sus apartados hogares dirán, refiriendo sus impresiones en Galicia: «Santiago es la ciudad de los grandes monumentos arquitectónicos levantados durante siglos al patron de las Españas por la piedad de los fieles y de las antiguas áulas universitarias que envidia Salamanca.»

La Coruña debe ser visitada por su cultura y su movimiento mercantil, como debe serlo el Ferrol por su magnífico arsenal y sus grandiosos diques, y debe serlo Vigo por su anchuroso y seguro puerto, que es el primero de Europa; pero Pontevedra, con su primavera eterna, con



M.A.

(Croquis del mar D. L. Mestre.)

sus clases artesanas ennoblecidas por la virtud y el trabajo, con aquella ría que recuerda los lagos de Venecia cuando tranquila y serena refleja como un espejo todos los arbores del cielo; y con aquellas mujeres cuyos ojos robaron al sol su fuego y á la luna su tierna melancolía... ¡Oh! Pontevedra descuella entre todas las poblaciones de la region galáica como dichosa y envidiada cuna de grandes marinos, de grandes artistas, de grandes hombres. (Los aplausos obligan al orador á detenerse algunos momentos).

Voy á concluir, reconociendo que me he separado un tanto de mi objeto. Y no era ese ciertamente mi propósito, como no lo ha sido nunca tampoco el emitir una sola idea que no se relacione directamente con los juegos florales. No estaban por lo tanto en lo cierto los que anunciaron en la prensa de Madrid que yo haría aquí declaraciones políticas, sin advertir que serian tan inoportunas como innecesarias: inoportunas, porque aquí no debo hablar sino de literatura; e innecesarias, porque nada nuevo podría decir y porque todos me conocen y conocen mi modesta historia y mis nunca disimuladas aspiraciones. Nadie lo ignora; soy lo que fui y moriré siendo lo que soy, sin arrepentimientos ni vacilaciones. ¡Mal haya quien vuelva la espalda á sus antiguos altares y quien reniegue de sus antiguos dioses! (Aplausos entusiastas).

Terminaré, pues, por donde quizá he debido comenzar: saludando á Pontevedra, la antigua, la noble, la bella; y á su juventud literaria, esperanza de la patria. Soy deudor de consideraciones que nunca olvidaré. El hecho mismo de ocupar este sitio honorífico obliga mi gratitud, bien sé que tanta benevolencia no es debida á méritos de que carezco, sino á modestias que reconozco, y quizá, y mas probablemente aún, al triste privilegio de los años. (Varias voces; No, no.) Pero no por eso es ménos profundo mi reconocimiento; pues veo cerca de mí, entre otras ilustraciones que pudieran reemplazarme con ventaja en esta presidencia, al escritor D. Eduardo Chao, honra de las letras españolas; á don Eugeuio Montero Rios, que lleva en su frente una triple corona de gloria ganada en el foro, en la cátedra y en la tribuna, y al noble marqués de la Vega de Armijo, no ménos ilustre por sus altos merecimientos políticos y por los laureles que alcanzó en la Academia de ciencias que por los timbres que heredó de sus antepasados. Me complazco en hacer pública esta sincera manifestacion.

Y si algun dia el movible oleaje de la política lleva las poderosas legiones en que milito á las altas esferas oficiales, procuraré pagar esta deuda de gratitud ofreciendo mi modesto concurso á los legítimos procuradores de Pontevedra hasta conseguir para sus intereses morales y materiales, la proteccion, que han menester y á que tienen indiscutible derecho, pues no hay entre las provincias de la Península ninguna que proporcionalmente contribuya con más oro á las arcas de la Hacienda, ni con más sangre á la institucion del ejército, ni con más claras inteligencias al crédito militar, científico y artístico de la nacion española. (Aplausos.)

Y ahora mis últimas palabras á los jóvenes estudiosos amantes de las bellas letras, así á los que han ganado premio en estos juegos florales, como á aquellos que no por haber sido ménos dichosos deben renunciar á la lucha en futuros certámenes. Si me pidiesen consejo yo les diría, no ciertamente por conquistar una efímera popularidad, sino por convicción profunda, ¿queréis elevaros á las luminosas regiones de la poesía donde tienen su trono de luz y de gloria Garcilaso y Quintana? Pues no necesitáis invocar númenes extraños ni musas de exóticas mitologías.

Referid las hazañas y los altos hechos de nuestros inmortales progenitores: narrad las bellísimas leyendas y las tradiciones populares de esta raza noble, creyente y valerosa: inspiraos en los vergeles que os rodean, que alegran ruiseñores y que embalsaman el lirio y el azahar, y seáis poetas. Nunca he acertado á comprender por qué Galicia, que tanto ha sobresalido en todos los ramos del saber humano, ha sobresalido ménos en la pintura y en la poesía cuando parece creada expresivamente por la Providencia para ser la mansion favorita de los pintores y de los poetas. No, en ninguna parte se confunden como aquí las bellezas de la realidad con las quimeras del idealismo. Ni en la hermosa vega de Granada, con las cimas de su alta sierra blanqueadas por la nieve, con los pintados pensiles del Generalife y con los palacios encantados de la morisca Alhambra, ni en la fértil huerta de Valencia, con su exuberante y oriental vegetacion, ni en las ponderadas montañas de Suiza, con sus variados paisajes y con sus lagos fantásticos, ni en las majestuosas orillas del Rhin, donde cada paso que se dá es un nuevo panorama, encontrarán nunca los poetas ni los pintores veneros inagotables de inspiracion como en esta

afortunada y poética y pintoresca comarca de Pontevedra, tierra de promisión, cuya naturaleza, sobre la que Dios ha prodigado todos sus dones, es la más rica, la más bella, la más risueña y la más espléndida del orbe. He dicho. (Aplausos estrepitosos y prolongados.)

MADRIGAL.

Cada vez que te miro,  
Cara de cielo,  
El color se me muda,  
Me río y tiemblo;  
    Pero, Adelina,  
Yo no sé lo que hacerme,  
Cuando me miras.

He soñado al arrullo  
De tus rubores  
Una vida sembrada  
De santos goces;  
    Pero, Adelina,  
Me matas la esperanza,  
Cuando me miras.

Yo te amaba por buena  
Y encantadora,  
Viviendo de esperanza,  
Como de gloria;  
    Pero, Adelina,  
Veo que eres un ángel,  
Cuando me miras.

Dirán los que no sienten,  
Que desvarío,  
Que sombras y visiones  
Necio persigo;  
    Pero, Adelina,  
Reniego de mis sueños  
Cuando me miras.

Yo quisiera ¡locuras!  
Verte y no verte,  
Estar siempre á tu lado  
Y estar ausente;  
    Probar tus iras,  
Sin perder lo que gozo,  
Cuando me miras.

Quisiera el don hacerte  
De mi alma toda,  
Siendo tan niña y pura  
Como hasta ahora.  
    ¡Ay, Adelina,  
Ten lástima siquiera,  
Cuando me miras!

MIGUEL ZAVALA.

AMOR.

Florete la mes blanqueta  
Que brostares dins mon cor,  
Despres de molta amargura,  
De tristor, sense conort.

Els temps dolents ja passaren,  
Com també tots los recorts,  
Y solament tu ets quedada  
Tendra poncella d' amor.

¡Ben hajes sempre flor bella  
Ben hajes en ta verdor!  
(¡Molt garrida n' es la rosa  
Pero no te ta dolçor!)

Carinyosa fontanella,  
Et ve á veura cada jorn:  
Mentres tu amoroseta  
Ne sonrius á tot el món.

Rosada banya tes fulles,  
Per ton bes fer delitós,  
Y et rodetjan papallones  
Per ton cór veura amorós.

Deu fassa que no 't mustilles,  
Llum celestial de mon cor:  
Sens tu, ja ve l' amargura,  
La tristor, y el desconort.

RAMON MARTORELL.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR.

CHARADA . . . . . Pera.

CUADRADO DE PALABRAS.

M A N O  
A Z A R  
N A T A  
O R A N

ERRATA.

En el número literario del domingo pasado página 7, línea 25 de la segunda columna, donde dice «de su entusiasmo» debe decir «en su entusiasmo.»

PALMA.—IMPRESA DE M. ROCA.

TIPOS POPULARES.



UNA BAILADORA MALLORQUINA.

(Estudio del natural por D. F. Mestre.)